
Estampas de un destierro

El periplo de José Vasconcelos por Colombia, Ecuador y Centroamérica en 1930

Pablo Yankelevich*

Derrotado en las elecciones de 1929, José Vasconcelos abandonó su país portando un considerable capital político y cultural, producto de su labor, primero al frente de la Universidad Nacional, y después, a cargo de la Secretaría de Educación Pública. Reconstruir las rutas de ese destierro, obliga a recordar que México, al comienzo de los años veinte, y gracias a la gestión vasconceliana, había alcanzado un considerable prestigio en el espacio latinoamericano. Los combates de los revolucionarios en defensa de la soberanía nacional, el contenido antiimperialista de una lucha contra agresiones extranjeras, y un muy publicitado programa para enfrentar injusticias seculares, fueron sentando las bases de un entramado político e intelectual donde México ocupó una centralidad indiscutible.¹

Con una imagen de líder moral de la juventud universitaria, Vasconcelos se lanzó al exilio, pero ese exilio es también la historia del desencanto de aquella generación hacia un personaje que muy rápidamente fue mudando de piel. En el destierro, los ejercicios intelectuales de Vasconcelos fueron contradictorios, producto de posturas personales que mutaban en un mundo donde el derrumbe de la bolsa neoyorkina fue una alarma sobre los peligros que se avecinaban. El

resultado electoral de 1929 fue procesado desde la experiencia y la formación de un hombre nacido en Oaxaca, en 1882 y educado en el respeto a los preceptos de un catolicismo militante. Un hombre con una enorme capacidad gestión y una voluntad tan férrea como su incapacidad para asumir los errores, incorporar las críticas y digerir la derrota. Un nuevo clima de ideas hizo el resto, en realidad, aquel exilio vino a coincidir con una época en la que los postulados de una cultura humanista liberal hicieron crisis y con ella sucumbieron actitudes y entusiasmos como los de Vasconcelos. Los años treinta fueron el laboratorio de posiciones radicales, la izquierda de cuño marxista endureció posiciones contra la menor heterodoxia, el fascismo europeo no tardó en ganar simpatizantes, y de este lado del Atlántico, un nacionalismo de derecha clerical e hispanófilo emergió como garante de un orden político fundado en el fraude y la exclusión. En esta dirección enfiló sus pasos Vasconcelos, al encarnar la más criolla de las versiones del Ulises homérico, partió a un exilio que lo devolvió diez años más viejo, más resentido, más atormentado, y sin más compañía ni más afectos que los otorgados por su familia y un muy reducido núcleo de amigos.

Una de las claves de aquel desgajamiento de simpatías y seguidores debe buscarse en el bregar, casi obsesivo, que atraviesa las tres últimas

* Escuela Nacional de Antropología e Historia.

décadas de la vida de Vasconcelos. La herida de 1929 nunca cicatrizó, porque desde entonces fueron inútiles todos sus esfuerzos por reclamar el reconocimiento de un liderazgo en el terreno de la política, liderazgo por cierto, de duración tan efímera como algunos de sus amores. Todos, amigos y enemigos, coincidieron en subrayar su valía como hombre de la cultura, escamoteando o menospreciando su empresa por hacer efectivos los derechos ciudadanos en aquella coyuntura electoral. Los amigos, los viejos conocidos, e inclusive buena parte de quienes votaron por él, terminaron negándole su ciudadanía política, queriendo reemplazarla por otra de carácter meramente cultural. Y en respuesta, el resentimiento de Vasconcelos fue tan grande que abarcó a todo un pueblo, en tanto que la tensión entre el político y el intelectual no dejó de acosarlo impidiendo que se sobrepusiese a la derrota. En carta póstuma, redactada siete años antes de su muerte, pero hecha pública en junio de 1959, expresaba a su yerno, Herminio Ahumada, la voluntad de no ser sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres: “La ciudadanía de este país no tiene derecho a honrarme como escritor, mientras no me reconozca como político [...] La conciencia nacional sabe, o debiera saber que ganamos las elecciones de 1929, y mientras eso no se reconozca públicamente y quizá oficialmente, no podría yo aceptar ningún honor sin sentir que traicionaba la verdad y la justicia.”²

Para un personaje que reclamó hasta su muerte un reconocimiento político, no dejan de sorprender sus movimientos en el exilio. ¿Qué clase de exiliado político fue aquel que, meses después de la derrota electoral, inició un periplo por Centro y Sudamérica, materializando un viejo sueño de cruzar a caballo los Andes colombianos? ¿Qué tipo de estrategia política fue aquella, que lo llevó a París a reeditar una revista? ¿Qué tipo de liderazgo político podía ejercer aquel que, recluido en una aldea asturiana, dedicó buena parte de sus días a escribir sobre estética y metafísica? ¿En qué programa de regeneración nacional pensó, cuando en 1933, escribía a uno de sus amigos: “De México me acuerdo porque están ustedes allí. El día en que

media docena de ustedes se saliese, se me borraría ese nombre sucio del mapa”.³

Dar cuenta de la totalidad del universo vasconceliano en un exilio que duró casi una década, excede las pretensiones de este trabajo. Por el contrario, mucho más modestamente, pretendo ubicar las coordenadas de aquel universo en el primer año de un destierro que lo llevó a Estados Unidos, Centroamérica, Colombia, Ecuador y Cuba, desde donde regresó a Nueva York para, en enero de 1931, embarcar rumbo a Europa. En suma, se trata de reconstruir un itinerario cuyas sendas fueron trazadas a partir de una red de contactos intelectuales que Vasconcelos supo anudar a lo largo de su gestión cultural; pero también, se trata de esbozar las preocupaciones de un hombre exiliado que, por más que se esforzó, jamás pudo permutar la fuerza de sus palabras por las de un ejército que nunca consiguió capitanear.

Se podría afirmar que semanas antes de la elección presidencial de noviembre de 1929, el candidato del Partido Nacional Antirreeleccionista fue preparando la salida del país. Vasconcelos tenía la certeza de que gran un fraude electoral se avecinaba, de ahí su decisión de marchar hacia una frontera en extremo familiar.

Si la sombra de Madero lo acompañó desde que optó por alejarse de la función pública en 1924, cinco años más tarde estaba convencido de representar la encarnación del espíritu maderista. En aquellos días de 1929, como en las elecciones de 1910, se trataba de torcer el rumbo de la historia enfrentando a un Porfirio Díaz reducido por la política callista. El espíritu de Madero lo acompañó, no así la suerte.

Durante las tres semanas que siguieron a la jornada electoral, Vasconcelos, infructuosamente, esperó una sublevación generalizada. El primero de diciembre de 1929, en Sonora, a través del Plan Guaymas, se proclamó presidente electo, anunciando que abandonaba México, pero que volvería “al país a hacerse cargo directo del mando tan pronto como haya un grupo de hombres libres armados que estén en condiciones de hacerme respetar”.⁴ Días más tarde, el fusilamiento del general Carlos Bouquet, responsable

militar del levantamiento, echó por tierra toda esperanza de un levantamiento reivindicador. La represión fue en aumento, y la masacre de Topilejo con su treintena de cadáveres colgados en un paraje al sur del Distrito Federal, servía de escarmiento para todos aquellos que pretendieran seguir los pasos de Daniel Flores, el joven vasconcelista que atentó contra la vida de Pascual Ortiz Rubio, poco después de la ceremonia donde el “usurpador” tomó posesión de la presidencia de la nación.⁵

El 12 de diciembre de 1929, Vasconcelos cruzó la frontera y durante el primer trimestre de 1930, residió en Estados Unidos en compañía de sus dos hijos y su esposa. Desde tiempo antes, Antonieta Rivas Mercado estuvo en aquel país, en busca de apoyos intelectuales. Ella consiguió despertar simpatías en ciertos núcleos neoyorquinos, como el encabezado por Waldo Frank, en una carta fechada en julio de 1933, Vasconcelos rememoraba los esfuerzos de su amante:

Antonieta Rivas Mercado estuvo en esa temporada a mi lado removiendo la parte más importante de la opinión americana, órganos como *The New Republic*, *The Nation*, y en Europa gentes como Rolland y Barbusse, recibían informaciones y opiniones [...] Y gracias a la semilla que en esos días sembró Antonieta se nos ha empezado a hacer una parte de justicia en libros como el de Waldo Frank, *La América Hispana*.⁶

En actos públicos en El Paso, Los Angeles, San Antonio y Tucson, Vasconcelos llamó a la lucha armada. Sin embargo, sus proclamas y artículos periodísticos, antes que estimular a sus seguidores en tierras mexicanas, despertaron más la atención del servicio exterior mexicano y del gobierno estadounidense. Después de un fugaz viaje a Nueva York, Vasconcelos terminó convencido que el gobierno de los Estados Unidos influido por los poderosos intereses de Wall Street, habían decidido la suerte de México. El presidente Herbert Hoover, su secretario de Estado, Cordell Hull, el embajador en México, Dwight Morrow y el banquero Tomas Lamont,

estaban dispuestos a otorgar el reconocimiento a Pascual Ortiz Rubio. Ya nada podía esperarse de los norteamericanos, de ahora en más, la vieja imagen de un Calibán sajón, amenazando a toda una civilización hispanoamericana comenzará a adquirir tonalidades cada vez más conservadoras: una recuperación hispana y católica del pasado americano, empezó a contraponerse a la mirada de lo estadounidense como un territorio gobernado por herejes: protestantes, masones y judíos.

“Grité en Estados Unidos, y grité solo” escribió años más tarde. En efecto, nadie en México parecía interesado en enrolarse en una sublevación, y ante las escasas simpatías que despertó en Estados Unidos su “renovado” antimperialismo, confesó: “llegué a sentirme cercado, porque los hombres de negocios creían en una nueva oportunidad para sus asuntos en México, gracias a las garantías que les prestaba un régimen obediente a Morrow”.⁷

Ante este panorama, comenzó a preocuparse por librar otra lucha: la de sobrevivir en el destierro. Amigos y enemigos, coinciden en subrayar la honestidad de un hombre que vivió de sus sueldos cuando los tuvo, y de los honorarios devengados por clases y conferencias, así como por artículos periodísticos y derechos autorales. El callismo lo había privado de sus columnas en *El Universal*, las finanzas del “presidente electo” eran críticas a comienzos de 1930; en aquellos momentos, Gabriela Mistral en carta a Antonieta Rivas Mercado, indicaba: “lo único importante es hacer algo por la situación económica de Vasconcelos”.⁸ Desde París, Julio Deambrosis, su agente literario, compartía esta preocupación: “No quiere trabajar en los EEUU, ahora porque ha escrito contra el gobierno de ese país, y no es fácil hallarle trabajo en otra parte, porque ha atacado a los presidentes de nuestros países, [...] me he desvelado más de una noche pensando en qué puede hacerse por él.”⁹

En el recuento de naciones latinoamericanas que podrían dar cobijo al desterrado, Deambrosis descartó al Chile de Ibáñez y al Perú de Leguía, ambos regímenes duramente criticados por el Vasconcelos anterior a 1929. Frente a este

panorama, las redes se fueron tejiendo a partir de contactos y solidaridades desplegadas en la primera mitad de la década de los años veinte. Así, llegó a pensarse en Roland de Carvalho, joven poeta y crítico literario brasileño, huésped del gobierno mexicano durante la presidencia de Álvaro Obregón. Gabriela Mistral intentó, infructuosamente, establecer comunicación con Carvalho en Brasil; en tanto que el agente literario pudo hacer contactos en Colombia para que impartiera una serie de conferencias.¹⁰

En marzo de 1930, fracasadas todas sus *excitativas* de rebelión, Vasconcelos decidió abandonar Estados Unidos. De ahora más, y como cualquier desterrado sin recursos, su horizonte se llenó de incertidumbres y de planes, muchos de ellos sin más asidero que los deseos por imprimirle sentido a una vida que parecía haber perdido el rumbo. Desde París, Deambrosis le comunicó que Eduardo Santos, el propietario del diario *El Tiempo* de Bogotá, lo invitaba a visitar Colombia dando conferencias de paga o como simple huésped del empresario. Aquella invitación le permitió fantasear con dirigirse a Guatemala, y desde allí intentar una incursión armada por la frontera sur. De hecho, relató este propósito a Vito Alessio Robles, presidente del Partido Antirreeleccionista, exiliado en Austin.¹¹ Lo cierto es que embarcó a Panamá, considerando tomar en cuenta cierta invitación hecha por un diputado guatemalteco, para que se estableciese en Guatemala, donde ocuparía una cátedra universitaria, y en el ejercicio de estas tareas, podría dedicar tiempo a planear una rebelión.

“Para los gastos personales y los de mi familia me quedaban tres mil dólares escasos, lo bastante para un año, pero deseaba no sólo vivir, sino seguir combatiendo; para esto último necesitaba una revista”.¹² Surge entonces la idea de realizar una gira que le permitiera recaudar fondos para su nueva empresa editorial. En Panamá impartió dos conferencias a instancias de la Universidad, en una denunció la intervención del embajador Morrow en la política mexicana para concluir diciendo: “esto es lo que depara el monroísmo a todos los países del sur que no se mantengan alerta”. La segunda confe-

rencia giró en torno a las propuestas filosóficas expuestas en su *Metafísica*, “concluida la faena, el rector puso en mis manos un cheque por cuatrocientos cincuenta dólares”.¹³ Los primeros días de abril de 1930, estuvo en San José de Costa Rica, donde dictó una serie de conferencias, para después, en compañía de Joaquín García Monge, entonces buen amigo y director de *Repertorio Americano*, dedicar algunos días a una excursión que lo llevó hasta las estribaciones del volcán Irazú.

Con la intención de radicar en Guatemala trabajando en la Universidad de San Carlos, Vasconcelos solicitó una visa que nunca le fue autorizada; convencido que tras la negativa estaba la larga mano de Calles y de la embajada norteamericana, decidió entonces dirigirse a Colombia. Todavía en el puerto panameño de Colón, recibió una carta de Alcides Arguedas, su amigo boliviano, entonces embajador en Bogotá. La misiva lo alertaba de que moderara sus declaraciones antinorteamericanas, debido a que el Partido Liberal Colombiano, de claras inclinaciones pro-estadounidenses acababa de ganar la presidencia de esa república. A pesar de aquella advertencia, la visita fue todo un éxito. Desembarcó en Barranquilla, donde lo esperaba el poeta Luis Enrique Osorio, quien por cierto, en 1921 había recibido un sueldo mexicano, para el desempeño de una comisión como agente permanente de la Universidad Nacional en los países sudamericanos.¹⁴ A instancias del anfitrión, la legislatura provincial concedió una subvención de dos mil dólares para la realización de unas conferencias populares. De Barranquilla enfiló hacia Cartagena, visitó aquella ciudad en cuyas murallas “se estrelló el invasor inglés en la Colonia, pero ahora, en la República, probablemente no resistan un cañonazo del monroísmo”.¹⁵ Disertó sobre los peligros del imperialismo sajón, y de inmediato subió a un aeroplano que lo trasladó a Medellín, de allí en más, núcleos universitarios se hicieron cargo del desterrado: paseos, reuniones y cabalgatas por los alrededores de la ciudad, demoraron su llegada a Bogotá. Finalmente en la capital colombiana, la Federación de Estudiantes Univer-

sitarios, organización que años atrás le confirió el nombramiento de “Maestro de la Juventud”, organizó un mitin de bienvenida. A las puertas de su alojamiento, arengó a la multitud:

No soy un derrotado. Derrotados de la moral, el derecho y la historia son los miserables que, coludidos con intereses extranjeros, ganan el poder público, ya mediante la fuerza, ya mediante el engaño. Soy un hombre de victoria, [...] la derrota esconde su vergüenza, disimula los hechos, calla su pena, yo vengo denunciando traidores, que lo son no nomás a mi patria, sino a todo el continente.¹⁶

Vasconcelos se movía con comodidad entre los miembros del Partido Conservador. Eliseo Arango, ministro de educación, lo colmó de atenciones poniendo a su disposición el Teatro Principal, en donde pronunció una conferencia sobre asuntos educativos, por la que recibió en pago la suma de novecientos dólares. Otra conferencia, ya sobre temas políticos fue impartida en una “especie de circo, provisto de pista extensa y graderías. Cobramos la entrada a cincuenta centavos y hubo cerca de dos mil asistentes”.¹⁷ Sintiendo a sus anchas, departía con intelectuales, periodistas, políticos y ministros; sin embargo, pesaba en el ambiente cierto tufo “poinsettista” cada vez que “condenaba las intromisiones del yanqui en nuestra vida pública”. Desdeñando toda crítica, polemizaba con medio mundo, como con aquel joven que en una época “me había seguido y me había tenido por maestro” pero que ahora se declaraba desilusionado. La respuesta fue contundente: “si en una época tuve la fortuna de que cierta juventud me siguiese, no sé si soy más afortunado ahora que ya no me siguen los que se dejan llevar por compromisos que no son los del ideal.”¹⁸

Como en ningún otro país, Vasconcelos invirtió todo un mes en recorrer extensas áreas de la geografía colombiana. A finales de mayo de 1930 se despidió de Bogotá, iniciando una travesía hasta Cali; en tren llegó a Popayán, desde allí cabalgó por los Andes hasta la población de Iba-

rra, ya en territorio ecuatoriano, para entonces abordar un tren que lo dejó en Quito. Siguiendo las rutas de Simón Bolívar y de Antonio José de Sucre, se detenía en cada población para visitar escuelas e institutos, y ante públicos no menos que sorprendidos, detallaba las circunstancias de ser un “presidente electo” en el destierro.

Vasconcelos comenzó a desempeñar el papel a interpretar durante las tres últimas décadas de su vida: el de víctima del militarismo mexicano, el de mártir del ideal. Un periodista ecuatoriano no tardó en capturar el sentido de sus arengas, y los primeros días de julio de 1930 escribió en un periódico quiteño: “Vasconcelos: he ahí un hombre que tiene un INRI en la frente, el INRI de todo idealista, de todo pensador que pone sobre el poder brutal de la fuerza, el poder moral de la idea; [...] Este INRI es una aureola y es un estigma. Aureola para los que miran con los ojos del espíritu. Estigma para la canalla que adora la fuerza, el mando, el éxito y el poderío.”¹⁹

La senda que tomó en Ecuador, también estuvo anudada por relaciones previamente construidas. El canciller de aquel país, resultó ser el escritor Gonzalo Zaldumbide, a quien conoció en París al promediar los años veinte. De esta manera, no tardó en organizarse una estadía que tuvo como base de operaciones la Universidad, institución en la que fue declarado huésped de honor. De nueva cuenta, las conferencias de rigor abordaron temas educativos, así como asuntos de política mexicana.

Al promediar julio de 1930, todavía estaba en Guayaquil, listo para embarcar a La Habana donde se encontraría con su esposa e hijo. Cuba bajo la dictadura de Gerardo Machado, lejos de lo que podía pensarse, fue un paréntesis para descansar, volver a escribir y planear los siguientes pasos. La amistad con intelectuales de la talla de Juan Marinello y Fernando Ortiz, permitió alguna inserción universitaria donde impartió conferencias sobre filosofía, en esta ocasión envistió contra la propuesta pedagógica de John Dewey, representante, en el terreno de la pedagogía, de los mismos intereses que controlaban el azúcar y la política cubana.

A seis meses de la salida de Estados Unidos, Vasconcelos continuaba “gritando solo” contra la imposición callista. Desde Cuba, organizó una nueva gira por América Central, el objetivo fue impartir conferencias “de desenmascaramiento de la pandilla gubernamental y de la administración Morrow que nos rige.”²⁰ Se trataba, en realidad, de buscar recursos económicos para vivir y para reeditar la segunda época de la revista *La Antorcha*. Desde la soledad de su lucha, no dejaba de remarcar que aquella labor de propaganda, “no significaba desatender ni un instante mi compromiso de encabezar la rebelión tan pronto como en cualquier parte se iniciase”.²¹

Embarcó entonces hacia la costa atlántica de Honduras. En San Pedro Sula, capital del imperio platanero de la United Fruit Co., el poeta Alfonso Guillén movió los ánimos para que el público colmara la sala de un teatro pagando dos dólares de entrada para escuchar al visitante. Rumbo a Tegucigalpa, el paisaje hondureño sirvió para reafirmar aquello que esbozó en 1925 en *La Raza Cósmica* y que un año más tarde expuso en la *Indología*: “la civilización nació en el trópico y ha de volver al trópico”.²² El viaje por plantaciones exuberantes confirmaban una de sus excéntricas certezas: “es la tierra caliente de las costas la que dará producción en grande, capaz de convertirnos en países fuertes.”²³

Ya en la capital hondureña, Ricardo Alduvín, médico, político y profesor universitario fue el anfitrión. Visitas a funcionarios, periodistas y políticos defensores del unionismo centroamericano lo colmaron de atenciones. Vasconcelos, estuvo tentado de visitar Nicaragua, donde César Augusto Sandino se batía contra el invasor; sin embargo, aunque admiraba la gesta del nicaragüense, decidió trasladarse a El Salvador, “mi presencia sólo hubiera servido para intensificar la persecución de los sandinistas.”²⁴

Con las conferencias en San Salvador clausuró aquel periplo latinoamericano. Repitiendo un discurso que denunciaba las infamias de un “régimen de proconsulado”, cerró su primer año de exilio con optimismo: “Hacía yo cuentas alegres: siete mil pesos en el banco y en El Salvador, en sólo tres semanas, mil seiscientos. ¡Pa-

recía increíble!”²⁵ En el regreso, y por carecer de visa para internarse en Guatemala, pasó de nuevo por Honduras y desde San Pedro Sula escribió a su amigo Taracena: “Por fin creo que he logrado medios para mi revista, en El Salvador, en Santo Domingo y en Colombia, cuento con apoyos entusiastas y en algunos casos acomodados, [...] pronto podremos acometer la labor de denunciar las grandes bribonadas del continente, con las nuestras, las más oprobiosas, a la cabeza.”²⁶

La navidad de 1930 la pasó en Nueva York acompañado de su familia. Las primeras semanas de enero de 1931 trabajó en la Biblioteca Pública tomando notas para su *Ética*. La decisión ya había sido tomada, la próxima escala sería París, allí lo esperaba Antonieta. Vasconcelos estaba decidido a reeditar *La Antorcha*, y para ese entonces, Deambrosis le había comunicado que *La Prensa* de Buenos Aires pagaría mil francos por un artículo mensual: “aquello significaba la renta de casa en Europa”.²⁷

En efecto, entre fines de enero de 1931 y octubre de 1933 residió en el viejo continente, primero en París, luego en Madrid y por último en Somió, pueblo cercano a Gijón, en Asturias. En 1934 radicó en Buenos Aires, y a partir de enero de 1935 regresó a Estados Unidos donde permaneció hasta su vuelta a México tres años más tarde. Aquellos años resultan paradigmáticos, en primer lugar por la tragedia personal, Antonieta se quitó la vida semanas después de su encuentro con Vasconcelos en París; en segunda instancia por la ruptura de casi todos sus amarras con intelectuales y políticos mexicanos, “ni leo ni recibo la prensa inmunda de México” confesaba a Taracena casi al comienzo de su exilio parisino;²⁸ y por último, porque la soberbia y la amargura que destilaban sus escritos periodísticos y cartas personales, se incrementaban con la angustia de no saber con qué recursos haría frente a sus apremios económicos.

Como todo exiliado sin fortuna personal, Vasconcelos se ganó la vida trabajando, y en este esfuerzo la escritura ocupó una centralidad incontestable. Prácticamente publicó un libro en cada uno de los años de su exilio. En Europa se

editaron *Pesimismo Alegre* (1931), *Ética* (1932) y *Sonata Mágica* (1933), y seguramente, aquellas dificultades económicas lo orillaron a redactar páginas autobiográficas que fueron ofrecidas a distintos periódicos para su publicación por entregas. Estas páginas recogidas en el *Ulises Criollo* y *La Tormenta* fueron publicadas en 1936, el éxito editorial fue de tales proporciones, que de inmediato se sumergió en la preparación de *El Desastre* y *El Proconsulado*, publicados en 1938 y 1939 respectivamente. Durante estos últimos años de exilio, y en el terreno de las inquietudes filosóficas, concluyó y publicó *Estética* (1935), junto a su *Historia del Pensamiento Filosófico* (1937). La mirada conservadora en torno a la historia mexicana cristalizó en *Breve Historia de México* (1937), al tiempo que su inclinación por el fascismo encontró manifestación en *Qué es el comunismo* (1936) y *Qué es la revolución* (1937).

Hacia 1938, Lázaro Cárdenas le hizo saber que su gobierno no tenía inconvenientes en que retornara. Así las cosas, en septiembre de aquel año, volvió a cruzar la frontera. A instancias de Herminio Ahumada, que estaba organizando la Universidad del Noroeste en Hermosillo, se intentó nombrarlo rector de esta casa de estudios. Fracasada esta propuesta, el recién llegado se trasladó a la Ciudad de México para recluirse en la privacidad de una residencia en Tlacopac.

Notas

¹ Al respecto véase Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años de águila*, México, UNAM, 1989; José J. Blanco, *Se llamaba Vasconcelos*, México, FCE, 1977; Robert Phillips, *José Vasconcelos and the Mexican Revolution of 1910*, Stanford University Press, 1953; y Enrique Krauze, *Caudillos Culturales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1985 y Pablo Yankelevich, *La Revolución Mexicana en América Latina, Intereses políticos e itinerarios intelectuales*, México, Instituto Mora, 2003.

² Joaquín Cárdenas Noriega, *José Vasconcelos, guía y profeta*, México, PAC, 1985, p. 250.

³ "Carta de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, Adrogué, 27 de diciembre de 1933", en *Cartas políticas*

En 1940, el avilacamachismo procedió a su rescate intelectual, nombrándolo Director de la Biblioteca Nacional; un par de años más tarde, fue miembro fundador de El Colegio Nacional, y en 1946 se convirtió en primer director de la recién fundada Biblioteca México, puesto que desempeñó hasta su muerte en 1959. A lo largo de todos estos años, mientras convirtió a esta biblioteca en una de las mejores del país, sus preocupaciones políticas y reflexiones filosóficas se asentaron con firmeza en el terreno de las ortodoxias teológicas. Desde un militante catolicismo, se convirtió en un ferviente admirador de dictaduras y dictadores: Franco, Salazar, Trujillo, Perón, Castillo Armas... Sólo el recuerdo quedaba de lo que alguna vez representó para la causa de la justicia y la democracia latinoamericana.

Una década de destierro transformó a Vasconcelos. Las experiencias vividas en éste, su último exilio, sirvieron de crisol donde se fraguó ese otro que en septiembre de 1938 volvió a cruzar la frontera. Y cuando ello aconteció, terminó para el intelectual ese viaje sin retorno que en definitiva es el exilio, ese espacio atravesado por la derrota y la pérdida, ese lugar privilegiado, dice María Zambrano, para que la Patria se descubra; y en efecto, Vasconcelos redescubriéndose a sí mismo, descubrió ese territorio "sin memoria, ni conciencia, ni decoro" que en definitiva era su propia Patria.

de José Vasconcelos, *Primera serie 1924-1936*, preámbulo y notas de Alfonso Taracena, México, Editora Librería, (Clásica Selecta), 1959, p. 99.

⁴ José Vasconcelos, *Memorias II, El Proconsulado*, México, FCE, 1982, p. 893.

⁵ Véase Hugo Pineda, *José Vasconcelos. Político mexicano, 1928-1929*, México, Edutex, 1975; John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo XXI, 1978; Joaquín Cárdenas Noriega, *op. cit.*

⁶ *Cartas Políticas de José Vasconcelos*, p. 78.

⁷ *Ibid.*, p. 79.

⁸ "Carta de Gabriela Mistral a Alfonso Reyes, Génova, 1929", en *Tan de usted. Epistolario de Gabriela*

Mistral con Alfonso Reyes, Santiago de Chile, Hachette, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1991, p. 49.

⁹ *Ibid.*, p. 50.

¹⁰ Alfonso Reyes jugó un papel destacado en la red de intelectuales preocupados por encontrar una fuente de ingresos para Vasconcelos. Los contactos con Carvalho se realizaron a través de Reyes, quien se desempeñaba como embajador de México en Río de Janeiro. Sobre estos asuntos véase Fred P. Ellison, *Alfonso Reyes y el Brasil*, México, CNCA, 2000.

¹¹ Vito Alessio Robles, *Mis andanzas con nuestro Ulises*, México, Botas, 1938, pp. 336-337.

¹² José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 916.

¹³ *Ibid.*, pp. 927-928.

¹⁴ Al respecto, véase Pablo Yankelevich, *Miradas Australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*, México, SRE-INEHRM, cap. VII.

¹⁵ José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 954.

¹⁶ *Ibid.* p. 964.

¹⁷ *Ibid.*, p. 968.

¹⁸ *Ibid.*, p. 970.

¹⁹ Citado en *ibid.*, p. 1023.

²⁰ “Carta de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, Honduras, 11 de diciembre de 1930”, en *Cartas Políticas*, *op. cit.*, p. 17.

²¹ “Carta de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, Somió, 3 de julio de 1933”, en *ibid.*, p. 79.

²² José Vasconcelos, *Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana*, Barcelona, Agencia Mundial de Librería, 1926, p. 65.

²³ José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 1050.

²⁴ *Ibid.*, p. 1053.

²⁵ *Ibid.*, p. 1063.

²⁶ “Carta de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, Honduras, 11 de diciembre de 1930”, en *Cartas Políticas*, *op. cit.*, p. 17.

²⁷ José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 1068.

²⁸ “Carta de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, París, 16 de abril de 1931”, en *Cartas Políticas*, p. 19.

